

## Los espejismos del vino

*Pues bien. ¿Y si las pesadillas fueran estrictamente sobrenaturales? ¿Si las pesadillas fueran grietas del infierno? ¿Si en las pesadillas estuviéramos literalmente en el infierno? ¿Por qué no? Todo es tan raro que aún eso es posible.*

JORGE LUIS BORGES.

*Una noche, bajo un cielo negro y mudo, con un especial estado lúdico gracias a cierto tipo de embriaguez alcohólica, materialmente divisé en esa calle iluminada y vacía a la indefinible mujer que se presentaba en todos mis sueños. Curiosamente, ella siempre aparecía en aquellas pesadillas que contenían difusas escenas neblinosas, evocando en mí la imagen de un verdadero ángel que me protegía de los malos sueños. Cuando durante esos malos sueños, invadido de vapores, yo quería acercarme y tocarla, se deshacía esta femenina figuración provocándome desolación y abatimiento al despertar sobresaltado.*

*Ahora, físicamente cerca de ella, extrañado y tembloroso, sentí que al intentar recordar las pesadillas que ella muchas veces interrumpía, se perdía en mi memoria como en un súbito lapsus*

nocturno. En la encandilada calle, reluciente de adoquines y con murmullos subterráneos, insondablemente comprendí que era su presencia natural y corpórea la que influía en mí para olvidarlas, sintiéndome desnudo y vacío detrás de su silueta intangible que con su opaca sombra avanzaba hacia un horizonte de la noche. Sí, era ella, Blancanada, el personaje enigmático de mis sueños, la que caminaba por la acera, silenciosa.

Algún momento después de divisarla, impregnado de fragancias que emanaban de su cuerpo, pensé en la repentina convulsión etílica que me había impulsado desde mi habitación a esta absurda huida por la calle. Fugazmente, en un instante, creí que ella era un engaño a mi vista y a mis pensamientos, embelesados de magia y fantasía.

El liviano vestido de gasa que llevaba encima otorgaba una familiar similitud a su cuerpo, presente en los sueños, aunque sus enérgicos pasos impedían situarla totalmente en una atmósfera onírica. El reflejo y el ruido del calzado con el pavimento gris rompía mis imaginaciones sobre su rostro. La firmeza de su caminar, de algún modo, me infundían una vida interna hermosa y terrible, pues veía en ella una estática existencia milenaria y una alegre vida adolescente.

Cuando, al pasar al lado de ella, descubriendo su ceguera y un espantoso rictus en los labios, percibí que su cara, atemporal y secreta, vigilaba con magnetismo la figura de un hombre idéntico, mellizo, igual a mí, situado más allá de cierta bocacalle oscura.

Con un profundo sobresalto y una infinita perplejidad descubrí que también, detrás de ese individuo gemelo, instintivamente lo observaban de lejos unas cuencas oculares blanquecinas y acuosas de otra terrible Blancanada.

MARIO BOERO VARGAS  
Luis Cabrera, 86-88, 1.º A.  
MADRID